

FRANCISCO ROBLES

EL ÚLTIMO SEÑORITO

50.º PREMIO DE NOVELA
ATENEO DE SEVILLA



algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz, Gervasio Posadas, Francisco Prior, Luis del Val y José Vallecillo López. La novela *El último señorito*, de Francisco Robles, resultó ganadora del 50º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Fotografía del autor por cortesía de J.A. Zamora

Primera edición: 2018

© Francisco Robles, 2018

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-035-5

Depósito legal: SE. 1586-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

INTROITO	11
CAPÍTULO 1. La autopista del Sur	19
CAPÍTULO 2. El mediodía del 36	57
CAPÍTULO 3. Sombra apasionada	105
CAPÍTULO 4. La trampa del consenso	155
CAPÍTULO 5. Le llamaban el Marqués	205
CAPÍTULO 6. Un tipo sin escrúpulos	255
CAPÍTULO 7. ¿Quién mató a Santiago Murube? ...	303
EPÍLOGO	361

*Para Lola y Manuel, que me dieron su sangre.
Para Jesús y Ángel, que llevan la mía.
Y para Lola, que cambió el final de esta historia.*

INTROITO

—SEÑOR, TEN PIEDAD.

—Señor, ten piedad.

Las naves de la iglesia de Santa María la Blanca están repletas de abanicos como mariposas que aletean en medio del sofocante calor de la media tarde. El barniz del féretro brilla en el presbiterio. Llegó media hora después de lo previsto desde el Instituto Anatómico Forense de la capital. Dentro, los restos mortales de don Santiago Murube. Los señoritos también mueren, y algunos tienen que pasar por el humillante trance de la autopsia. El párroco lleva el pelo demasiado largo para doña Angustias, la madre del finado. Recita el kirie en castellano, una lengua que rechaza la matriarca de la familia, como el resto de las conclusiones del Concilio Vaticano II que abrió Juan XXIII unos cuantos años antes.

—Cristo, ten piedad.

—Cristo, ten piedad.

El cura tiene barba y repasa, desde lo alto del presbiterio, los rostros de los señores que ocupan las primeras filas de los bancos. Trajes de verano, chaquetas ligeras, pantalones de hilo, corbatas negras, algún velo como el de doña Angustias. El alcalde, el sargento de la Guardia Civil, autoridades que llegaron junto al féretro desde la capital. Y los amigos. Señores de su círculo social, algún artista con la nota bohemia de una chaqueta que no cuadraba con la seriedad imperante. Señores que ya no tienen pinta de señorito y que nunca se habían visto por el pueblo, vestidos como los políticos que salen en el televisor. Detrás, el pueblo con camisas o guayaberas, pescadoras o cubanas, las mujeres con el mejor vestido que tienen en el armario que huele a alcanfor. Hay algunos niños, muy pocos. La noticia sigue conmocionando al pueblo lejano. El disparo sigue sonando en el eco de la murmuración que ha ocupado sus calles, como aquellos disparos que se escucharon hace justo cuarenta años, cuando la guerra llegó desde el sur. Ese disparo que se le escapó a don Santiago cuando estaba limpiando la escopeta a la hora de la siesta, cuando más calor hacía.

—Señor, ten piedad...

No le dio tiempo al párroco. No pudo terminar el tercer ruego del kirie. La voz llegó desde lo más hondo del pecho de Reyes, el cantaor que dejó su banco en la última fila y empezó a caminar por la nave principal en dirección al féretro y al paso de la Virgen de las Nieves, preparado para salir en procesión el 5 de agosto. La voz

de Reyes retumbó como un trueno roto por dentro y lijó el aire estancado en el templo. La voz de Reyes regresó por un momento a las noches de tabaco y venta cerrada, de caprichosas volutas de humo y de vino derramándose por el cuerpo sinuoso de una bailaora. Todos se volvieron menos doña Angustias. Los más discretos, los de las filas delanteras, apenas giraban la cabeza. Las mujeres de vestidos oscuros, como de medio luto, se dieron la vuelta. Querían ver al cantaor que tantas veces le había cantado a don Santiago Murube en aquellas madrugadas que empezaban, como el kirie, con un ruego.

—Reyes, cántame por seguiriyas, que tengo la pena metida muy dentro y tengo que sacarla como sea...

Rebollar, el guitarrista, le ponía la cejilla en el sitio que le ordenaba Reyes, y empezaba a rasguear la pena del señorito en la sonanta. Desde el primer ayeo, el rostro de don Santiago se contraía y sus labios se crispaban como los del cantaor. Una voz y dos cuerpos. En el flamenco es tan importante saber cantar como saber escuchar, le decía Reyes a su amigo. Porque el señorito y el cantaor eran amigos para escándalo de unos, de otros y de doña Angustias. El corazón de pena, tengo traspasao, cantaba Reyes con la queja quemándole la garganta. Que hasta el hablar, madre, con la gente, me sirve de enfao. El señorito sentía ese gañafón que le quema las heridas y le cierra las cicatrices con el dolor cosido a la catarsis. El cante no tiene límites ni extensiones, sendas recorridas de antemano y trilladas por la partitura, ni alambradas que impidan saltar de un estilo seguiriyero a otro. Algunas noches sólo cantaba Reyes por seguiriyas para su amigo, para el seño-

rito. La guitarra de Rebollar no dejaba de sonar en aquel funeral íntimo donde la pena enterraba a la pena.

—Señor, ten piedad...

Ahora era Reyes el que cantaba el kirie a su manera, con la base musical de la malagueña de Enrique el Mellizo. Aquel cantaor de Cádiz era el que sacaba de sus casillas a don Santiago. El Mellizo no dejó nada grabado por la época en que vivió, pero creó una malagueña que en realidad no era tal, sino un cante que nació en su cabeza después de pasar horas y más horas, años y más años asistiendo a los oficios litúrgicos donde se chamullaba en latín. Del canto gregoriano cogió el barro con el que amasó su creación, algo que don Santiago repetía cada vez que Reyes le cantaba esa malagueña. En el balcón, toítas las noches te espero, sentaíta en el balcón. Y cuando siento tus pasos, se me para a mí el corazón. ¿Por qué te querré yo a ti tanto? En la décima fila de la izquierda, según miraba el párroco, estaba ella sentada con su hija cogiéndole la mano. Vestida de luto como una provocación. Erguida como un mástil que está dispuesto a soportar el viento, venga de donde venga. Con la hija a su lado, una mujer joven pero rotunda, que destaca por su porte y su belleza. La hija luce esos ojos azules que deberían situarla en las primeras filas. Coge de la mano a su madre, que lleva el luto como una bandera, como un aquí estoy yo, y que provoca a doña Angustias como la voz poderosa de Reyes.

—Señor, ten piedad...

Nadie habla, nadie responde al ruego del cantaor. Él se lo dice todo con el cante litúrgico y flamenco del Mellizo. Delgado como un junco, muy derecho para los setenta y tantos años que lleva encima. Nació con el siglo, o eso le dijeron cuando era niño. Moreno, de patillas anchas y pelo de cuarentón. Vestido de negro de la cabeza a los pies. Camina despacio. No está cantando, está matándose por dentro. Canta mirando al féretro que reposa en el suelo. A medida que recorre el pasillo, el olor del aire va trocando de las colonias que vende, a granel, Camero en la droguería, a perfumes acristalados en origen. Doña Angustias no lo mira. El cura se ha detenido, y no piensa seguir con la misa hasta que no acabe Reyes. El párroco se llama Antonio, sin el don por delante. Ha trabajado en la aceituna y ha hablado con los propietarios de las tierras para que suban los jornales. Un año fue a la vendimia francesa con un grupo de jornaleros para coger la uva y repartir el sueldo entre los hombres que no pudieron desplazarse porque estaban malos de la espalda, o porque les habían dado calenturas y reposaban, de mala gana, en una cama triste como el óxido del somier.

—Cristo, ten piedad...

Reyes se sitúa junto al ataúd y clava sus ojos en los del Cristo que sobresale de la madera. En ese momento le sabe la boca a sangre, como la noche en la que aquel señorito le rompió una guitarra en la boca. ¿No dice el Murubito que cuando cantas bien te sabe la boca a sangre? Pues canta ahora, comunista de mierda, ¿o es que te crees

que no sabemos que eres un rojo y que por eso no quieres cantar en los tablaos ni en los festivales? ¿Por qué dices que el cante no se compra ni se vende, imbécil? ¿Acaso crees tú que vas a cambiar el mundo a estas alturas? ¡Venga, canta ya, rojo de mierda! Seguro que la boca te sabe a sangre de verdad ahora, así que tendrías que darme las gracias, pero no lo harás porque eres un envidioso. Y tú, búscate otra guitarra y vuelve por aquí, que la juerga acaba de empezar.

—Cristo, ten piedad...

Reyes tenía un manojo de frases que iba regalando a quien quisiera escucharlo. Aquella noche acuñó la mejor. Después de haber cantado lo que le pidió aquel señorito que le partió la guitarra en la boca, se miró al espejo en su casa mientras se lavaba en una palangana con agua fría. La camisa blanca manchada de rojo y de ignominia. Desde entonces la repite como si fuera un cínico o un estoico. «Sé muy bien lo que es la dignidad porque la he perdido más de una vez». A su edad podía permitirse el lujo de recuperarla en parte. Y eso era lo que estaba haciendo. Cantarle a su amigo y cantarse a sí mismo delante de la Virgen de las Nieves, que con el nombre helado le enfriaba las heridas de la boca y le ayudaba a soportar el dolor y la inflamación que le duraban más de treinta años. Fue en los tiempos en que el señorito don Santiago era un niño. Reyes le había cantado a su padre, que se llamaba don Fernando y que murió el año de la guerra. Reyes, ¿cómo era mi padre? Y Reyes le cantaba por soleá para

consolarlo y para no decirle la verdad. Le cantó al padre y después le cantó al hijo. Como ahora estaba haciendo con el kirie. Exactamente igual. Cantarle al Señor y cantarle al Cristo.

—Señor, ten piedad...

Aquel señorito impertinente y cimarrón volvió un día por el cortijo con Santiago, pero ya no se atrevió con Reyes. Se reunieron en la Venta Mayo, corrieron el jamón y el vino, dos bailaoras rompieron el aire húmedo de la marisma con las tijeras curvas de sus brazos, y acabaron desnudas en un cuarto donde Reyes cantó por bulerías con esa tristeza que va hilvanada al compás de los cantes, por más festeros que sean. Aquel señorito borrascoso quiso vengarse con la chiquilla agarrándola por las ingles y provocándole un dolor penetrante que la humilló por dentro y por fuera, pero Reyes se levantó y rompió una botella en el borde de la mesa. Como la toques, te mato, maricón. Santiago Murube se levantó y se interpuso. Y con esa facilidad para mandar que había heredado desde la cuna, le dijo al cobardón que se fuera de allí. Con el rabo entre las piernas suyas, que no de la bailaora. Así se fue aquel tipo que juró vengarse antes de salir por el patio de la venta. Esa venganza se quedó ahí, latiendo. Como un ave de carroña que busca el momento preciso. Estaba amaneciendo y el cante de verdad llegaría en cuanto las bailaoras se vistieran y Reyes empezara a templarse por tientos.

—Señor, ten piedad.

Reyes remata el cante por abajo, como los buenos mulatazos que nunca dio en su vida porque el toro le daba más miedo que la muerte. El cura se dispone a seguir con el trabajo de la ceremonia. La mujer que provoca con el luto se limpia una lágrima. Su hija no llora. En la primera fila, junto a doña Angustias, hay otra mujer, pelirroja y vestida de seda negra, con su hija. Tampoco lloran. Al pueblo no se le va una, y todos están murmurando en silencio lo que empezará a rugir como una torratera en las tabernas masculinas y en los corrillos femeninos que se formarán en las aceras de la noche en cuanto se vaya el sol y el fresco aparezca... o no. Este entierro marcará la historia del pueblo durante un tiempo. Como la marcó aquella muerte del padre de Santiago hace cuarenta años. Entonces no sonó ni un disparo. Eran otros tiempos. Pero Reyes ya cantaba, y el calor se repetía como una letanía incesante.

CAPÍTULO 1

LA AUTOPISTA DEL SUR

EL CALOR ERA UNA PAVESA INVENCIBLE QUE IBA creciendo al otro lado de la ventanilla. Lola no lo sentía, porque el aire acondicionado del AVE la mantenía en un estado de frescor relativo. Antes había que abrigarse, pero la crisis atemperó aquel frío que le llegaba hasta los huesos. El calor era el fuego de la luz. En el móvil se sucedían los mensajes de Toni, el productor de la televisión donde Lola trabaja desde hace más de veinte años, cuando dejó por imposible su carrera literaria. No olvides que pasado mañana emitimos el répor, guapa, y que tienes un día para todo, no creo que la historia merezca más tiempo. Toni le encargó el trabajo la tarde anterior, cuando apareció en la prensa una noticia muy curiosa para su mentalidad catalana, aunque él se defina como mediterráneo.

—Mira, Toni, un mediterráneo es un malagueño y un alicantino, un argelino y un griego, un albano y un croata, un israelita y un egipcio, un turco de esos que tanto te

ponen cuando vas por allí, y un alemán que se queda a vivir en Mallorca...

Lola siempre ha tenido el mismo problema, nunca se ha callado nada en su vida. Aunque eso no es así. Como escribió Luis Rosales, el poeta maldito por su falangismo, el que no pudo salvar a Federico cuando fue a refugiarse en su casa cuando julio —siempre julio— era una llama que inflamaba la vieja piel del toro que se corneaba a sí mismo, Lola no se ha equivocado en nada, sino en aquello que más quería. Jaume no le dijo nada cuando llegó anoche con la noticia. Ensalada de canónigos con *mozzarella* de búfala ecológica, o ecológicos eran los canónigos, o el queso era de rulo de cabra, o la cabra llevaba rulos cuando la ordeñaban, todo esto de la cocina mediterránea —otra vez las cursilerías de Toni— la ponía de los nervios. Una cena ligera, un *frizzante* muy frío, una conversación que giró, como siempre, alrededor del proyecto del estudio de Jaume para reafirmar la transversalidad del proyecto de ciudad sostenible que le había encargado el Ayuntamiento de un pueblo del cinturón rojo de Barcelona.

—Cualquiera diría que no hay problemas en esos pueblos, y que ahora se trata de la sostenibilidad, la transversalidad y todo ese entramado que os sirve para vivir del cuento mientras las grúas permanecen quietas...

Jaume torció el gesto y se refugió en el mismo silencio que le servía a Jordi, el hijo de Jaume y de Lola, como coraza. Este niño ya no habla nada, con lo simpático que era de pequeño, cuando yo era su madre y me adoraba. Entró en la adolescencia como quien se va a un largo viaje y no escribe ni las cuatro letras de la carta obligada.

Nada. Deglute la hamburguesa de carne de Kobe como si fuera de Burger King. La mirada perdida, los mismos ojos grises del padre, el mismo silencio que apenas pueden romper las burbujas del *frizzante*.

—Léete esta noticia y vete corriendo a ese pueblo, ¿cómo se llama?, le dicen Pueblo Lejano, fijate cómo tienen que estar de aislados para que lo llamen así, el profundo sur que no nos deja volar por nuestra cuenta, Lolita, tu profundo sur, que por mucho que quieras disimular lo llevas dentro.

—¿Y tú dónde naciste, paisano?

Toni torció el gesto y la dejó con sus neuras, como decía siempre, Lolita es muy buena trabajando, escribe como los ángeles, pero las neuras se le ponen fatal con la menopausia, chico, y habrá que aguantarla, qué le vamos a hacer. La reunión terminó a las nueve de la noche, cuando el sol aún brillaba en las cruces que rematan las torres de la Sagrada Familia. Luego vendría la cena partida por el silencio y la noche en vela. Lola volvería al cabo de los años al sur. Al profundo sur donde guarda, como si fuera un baúl blindado, la infancia que en realidad no pasó allí. Apenas dos veranos, y no completos. No quiere abrirlo. Debes abrir eso y afrontarlo, le dice su amiga Julia, que es psicoterapeuta. Pero ella se niega. Lo de menos es el origen a la hora de afrontar el clima nacionalista que se vive en la ciudad que fue cosmopolita, y que ahora se ha cerrado en una asfixia provinciana. El mismo Toni nació en un pueblo cercano al suyo, y ahora va de indígena que puede presumir de ocho apellidos catalanes cuando no tiene ni uno. Eso es lo de menos.

—No quiero ir a ese pueblo, Toni, manda a Pep, que es un todoterreno y puede hacerlo perfectamente. Te lo pido por favor.

Toni la miró de arriba abajo. Hija mía, no sé cómo lo haces para mantener ese cuerpazo, pero esta vez no se lo dijo. Actuó en plan estrictamente profesional. La miró a través de los cristales de las gafas de diseño, las monturas de color rosa fucsia, la camisa ceñida al pecho rasurado y modelado por el gimnasio, los pantalones ajustados, como si fuera un torero, cargando a la izquierda. Los tobillos al aire y los zapatos italianos a medida sin calcetines. Se puso serio.

—Ahora ya estoy seguro de que este encargo es para ti. Quiero esa mirada oblicua —era la duodécima vez que empleaba ese sintagma a lo largo del día— y ese resentimiento que llevas dentro. Nosotros no somos el sur, y eso es lo que quiero que saques a la luz de la cámara. Nuestros espectadores tienen que sentirse reconfortados y reafirmados porque aquí no pasan esas cosas, porque aquí no hubo señoritos andaluces, porque aquí no se abandonaba a una chica después de haberla dejado como la dejó aquel monstruo. Ese es el mensaje, Lolita. Y tú sólo eres el medio, aunque ya sabemos que el medio es el mensaje, guapa...

No tomó postre. Jaume había traído unas cerezas más ecológicas todavía que el rulo o que la cabra. Ni las tocó. Se sirvió otra copa de *frizzante* y se sentó junto a la pantalla de metacrilato que cerraba la terraza del ático. Al oeste, una luz tenue que apenas recortaba el horizonte que caía al mar oscuro. Barcelona brillaba bajo el calor

espeso que humedecía sus axilas y que le dejaba hilos de sudor en las ingles. Escuchó un ruido apagado de cubiertos y de platos. Jaume estaría recogiendo la mesa. ¿Jordi? Tiempo le faltaba para encerrarse en su cuarto. La cena era lo único que hacían juntos. Tiempo les costó convencer al chico para que firmara el armisticio. Un pacto que asumía en silencio, como si fuera un vencido de aquella guerra que arrasó España hace ochenta años y que reaparecía en el trabajo que le había mandado Toni. Aunque los hechos sucedieran más tarde, Lola sabía que iba a encontrarse otra vez con aquellos fantasmas que habitaban en el abismo de su familia.

—No hables más de la guerra, que la niña se entera de todo y luego sueña por las noches.

La voz de su madre y el silencio impuesto al abuelo. Picadura de tabaco, humo espeso como este calor. Cena idéntica a la de ayer y a la de antier. Siempre lo mismo. Las mismas calles, el mismo olor, la misma gente. Tenía que salir de aquel pueblo. Y salió. Su tía Francisca se fue a Barcelona en un expreso al que llamaban el Catalán cuando salía de Sevilla, y el Sevillano cuando partía de Barcelona. Vagón de segunda. Un compartimento cerrado. También hacía calor, pero no les importaba. Su madre ya la llevaba en el vientre. Concebida en el sur y nacida en el norte. Eso la marcaría para siempre. La contradicción era el rasgo que definía su carácter. Vestía con todos los colores del Pantone, pero por dentro era transparente.

—Saca esa mala leche, Lolita. No te cortes. Ahora puedes vengarte del sur que te expulsó, si te hubieras que-

dato allí hoy serías un ama de casa cargada de niños y sin esa cintura que pone de los nervios a los hombres...

—Que no son como tú —interrumpió Lola como un matarife que le da el tajo certero a la presa.

—Así me gustas, con mala leche, Lolita. Con tu mala leche...